

Ocurría esto á principios del mes de junio.

Escotados zapatitos que dejaban ver azuladas y finas medias; un sombrero á la Rembrandt, coquetamente colocado sobre un pelo negro, abundante, y rizado sobre la frente y la nuca; una tez mate, animada por grandes ojos de arrebatadora elocuencia; labios un poco gruesos, de admirable color; boca un tanto grande, pero ricamente adornada, y un hoyito en la barba, fué lo que observó *van Berg* en su vecina.

Pero lo que más excitó su admiración, fué la estatura de la viajera.

No era un Rubens lo que tenía ante sí, sino un Watteau; ¡pero qué Watteau! Un Watteau perfeccionado por el arte de las costureras modernas, de las gentes de genio.

En un instante, Lieja se perdió en el horizonte, con sus fábricas y sus habitantes; Bélgica entera se borró del recuerdo del ingeniero artista.

Y no buscó desde aquel momento más que un exordio para entablar la conversación.

II

Los dos ancianos dirigían miradas de codicia á aquella moderna Susana.

Josephin, temiendo peligrosas competencias, quiso afrontar la aventura; pero su estéril imaginación no le proporcionaba el medio.

Ella fué quien se encargó de sacarle del apuro.

—¿Podrías decirme, caballero, á qué hora llegaremos á París?—preguntó con voz que le pareció tan armoniosa como la de un violoncello.

Se lanzó sobre el indicador y lo recorrió con igual furia que había precipitado á su adversario á la calle.

—A las seis y diez, ¿señora ó señorita?—dijo inclinándose.

—¡Como gustéis! ¡Señora, si no os molesta la frase!

—¿Sois parisiense?

—Nacida en París, caballero.

Los dos ancianos dirigían sus binóculos, unos magníficos binóculos con armadura de oro, á la recién llegada, examinándola de pies á cabeza.

Sin duda el examen fué satisfactorio, porque cambiaron entre sí una mirada capaz de hacer estremecer á la joven, si hubiese sentido aún timideces de colegiala.

Aquella mirada excitó la envidia del irritable liejés. No conocía más á aquella joven que lo que pudieran conocerla los habitantes del Cabo de Hornos. No la había visto jamás, y sin embargo, no se hubiera atrevido á negar que le irritaba el atrevimiento de aquellos personajes, que de manera tan audaz contemplaban á su vecina, á quien él consideraba ya como cosa propia.

La desconocida, contenta por la respuesta de *van Berg*, se abismó en la lectura de una novela que había colocado cerca de sí al subir al vagón y que acababa de coger.

Van Berg se inclinó, y con sus ojos de lince examinó la cubierta del libro.

La cubierta era amarilla.

El título se destacaba vigorosamente en ne-

gro sobre el brillante y luminoso fondo del amarillo de la cubierta.

Frecuentemente el título de una obra ó el nombre de un autor, delatan el gusto y la condición de una viajera.

Porque ¿se hubiera mostrado satisfecho nuestro liejés si hubiera leído en la cubierta del libro: *Una vida, Germinal* (1) ó *Safo*?

Quizá su estado de viudo tan reciente, era para él un peso tan grande que no le hubiera disgustado quitárselo de encima.

¡Qué decepción!

La amarilla cubierta ostentaba este título: *Valcreuse*, por Julio Sandeau, de la Academia francesa.

¿Qué juzgar después de la lectura de este título, sino las costumbres más honradas y más burguesas?

El Belga sufrió rudo golpe.

Afortunadamente, la morena de sombrero á la Rembrandt, deslizó por encima del libro una mirada incendiaria que le pareció al belga dirigida á él.

Aquella mirada le reanimó.

(1) *Germinal* (Zola) Biblioteca de «El Cosmos Editorial» (2 tomos).

Por otra parte, la vista del piececito de su compañera de viaje, pie que, oprimido por azul media de seda, asomaba indiscretamente por debajo del vestido, le inflamó de nuevo, reanimando sus esperanzas.

—¿Queréis permitirme una pregunta?—la dijo.

La joven sonrió maliciosamente.

—¡Si no es indiscreta, como supongo!...

—¿Os gusta Sandeau?

—Mucho.

—Sus obras no son nuevas.

—Nuestra Señora de París tampoco lo es, y sin embargo todo el mundo entra en ella y la admira.

—Teneis razón.

—¿Qué hay que sea nuevo en el mundo?

—Nada; es verdad.

Van Berg pareció reflexionar.

—¡Ah!... Sí, sí hay algo nuevo: el divorcio en Francia.

—¿Os interesa el divorcio?...

—Sí. ¿Y á vos?

—A mí también.

—¡Cómo! ¿No sois dichosa en vuestro matrimonio?

—¡Dichosa!...

—¡Es extraordinario esto! ¿Acaso tenéis en tablada demanda de divorcio?...

—¡Por desgracia! —dijo la señora.—¿Y vos?

—Yo también.

—¡Calla! ¡Tenéis razón; es muy extraño esto!

Ambos guardaron silencio.

La semejanza de la situación de ambos, les chocaba con razón.

No es cosa de todos los días el encontrarse en un viaje con una mujer, pendiente de la resolución de una demanda de divorcio, cuando uno se halla en igual situación.

Lo más ordinario es que se sufran los disgustos en familia, sin dar á los tribunales tanto trabajo.

—¡Luego entonces, aquella joven encantadora, porque lo era en toda la extensión de la palabra, no era de vida galante, como él se había apresurado á sospechar!

¡Leía á Sandeau y era casada!

Van Berg pensó que era muy malicioso en juzgar á las gentes.

La distancia de Compiègne á París, es bastante larga, pero en *expreso* se recorre muy

pronto. No tenía, pues, tiempo que perder si quería trabar más ámplio conocimiento con la desconocida.

Así, pues, nuestro belga—replicó con animación.

—Dispensadme señora, si os parezco indiscreto...

—¡Nada de eso, caballero!

—¡Estaba tan lejos de imaginarme que iba á viajar en compañía de una persona que estuviere, exactamente, en la misma situación que yo!...

—En efecto, uno y otro tenemos el mismo asunto en los tribunales. Sin embargo puede haber en esto una diferencia.

—¿Cuál?

—¿Soy vos, caballero, quién pide el divorcio?

—¡Por desgracia, si señora!

—¿Por qué lo considerais una desgracia?

—Porque, á fé de *van Berg*, mi señora...

La joven se estremeció.

—¡Van Berg!—dijo.

—Sí, señora, me llamo van Berg.

—¡Bonito nombre!

—Josephin van Berg.

—¿Josephin?

—Sí, señora.

—No sé por qué el nombre no me agrada tanto como el apellido.

—Cuestión de gusto. Yo no lo he elegido.

—¿Y sois?

—Liejés, señora.

La desconocida resprimió un nuevo gesto de sorpresa.

—Picais mi curiosidad, puesto que, después de todo, sois libre y sois vos quien pretende divorciarse.

—He sido obligado á ello.

—¿Puede saberse por qué?

—Porque á ello me obligaba mi honor.

—¿Acaso habéis sido engañado?—dijo vivamente la joven con burlona conmiseración.

—Vergüenza me causa confesarlo; pero es así.

—¿Habéis sorprendido á vuestro rival?

—Sorprendido, esa es la frase.

—¡Ah!

—Y lo arrojé por la ventana, creedme.

—¿Y se hizo mucho daño?

—Algunas contusiones leves; pero se cubrió de ridículo.

—¡Entonces se trocaron los papeles!

—¿Qué decís?

—Nada. Continudad. Me interesáis vivamente.

—Para terminar, os diré que el día siguiente al amanecer, le hice besar el polvo, de una estocada que le atravesó de parte á parte.

—¿El corazón?

—No, un hombro.

—Respiro. ¿Sabéis que sois verdaderamente feroz?

—A mí me gustan un tanto las aventuras galantes, lo confieso; pero no llevo hasta consentir tales afrentas sin castigarlas inmediatamente.

—¿Y qué ha sido de la señora?

—Se fué á casa de su madre. Y en verdad que considero que es lo mejor que podía hacer.

—Perdonad una pregunta.

—Decid.

—No me respondáis si creéis que es una impertinencia. ¿Cómo es vuestra señora?

—Rubia, un poco gruesa.

—Sí, las flamencas en general...

—Tiene un cutis admirable,—prosiguió van Berg con calor—unos ojos soberbios y un ta-

lle de diosa. ¡Y la boca! ¡la boca es una maravilla de frescura, como la vuestra; sus dientes son perlas! ¡Es una rosa en todo su esplendor!

—¡Hablais de ella con mucho entusiasmo!

—¿Qué quereis?... ¡Es realmente de una belleza notable!...

—¡Y notada!

—¡Qué maliciosa sois!

—No mucho, os lo juro. ¡Si me conociéseis!...

—¡No deseo otra cosa!

—Sabríaís que, lejos de ser maliciosa, soy muy indulgente.

La joven lanzó un suspiro que, más que suspiro, le pareció á van Berg un vendaval.

—¿Acaso no necesita uno la indulgencia de los demás? —añadió, como completando su pensamiento.—Pero ¿sabéis lo que adivino?

—No.

—Que adorais á vuestra mujer.

—La he amado, en efecto, siete años; pero...

—Seguís amándola. Y lo que os domina no es el honor, como decís; es la colera y el despecho.

—Permitid..., permitid—exclamó van Berg.

—Hay en esto materia para,...

—Sin duda... Es posible... No lo contradigo, pero....

—Pero ¿qué?

—¿No puede amarse al marido, amarle apasionadamente, y engañarle... por distracción, por casualidad, por fastidio quizás?...

Vang Berg contestó con dureza:

—Esas son *distracciones* que un marido no perdona jamás, querida señora.

—¡Bah! Y, sin embargo, si ese marido pensase en su propia conducta, en sus *distracciones*, si descendiese al fondo de las cosas, se persuadiría amenudo de que su mujer, después de una experiencia—que hubiera hecho bien en evitar, os lo concedo,—puede volver á él más cariñosa y más sumisa que nunca, curada sobre todo de aspiraciones que no siempre se pueden rechazar, y contra las cuales gran número de mujeres, de las mejores, se ven sin defensa; la curiosidad, por ejemplo, ¿quién puede librarnos de la curiosidad?

—La curiosidad en ciertas cosas es peligrosa y verdaderamente intolerable, y por mi parte...

—La rechazáis con todas vuestras energías, ¿verdad?

—¡Ciertamente!

—¿Y seguiréis tratando con tanto rigor á vuestra mujer, á esa seductora rubia, cuyas perfecciones detalláis con tanto entusiasmo, por ese desdichado pecadillo?...

—¿Llamáis pecadillo á eso?...

—Dejemos á un lado ese calificativo, si no os agrada; pero, en fin, seguiréis tratándola con rigor?

—Seguramente.

—He ahí en lo que os encuentro cruel... injusto y,—perdonad la frase, que no por ser dura es menos cierta—torpe. En fin, puesto que hemos llegado al terreno de las confidencias, os diré que, yo que así hablo, estoy casada con un hombre á quien adoraba...

—¿Formalmente?

—Muy formalmente.

—¡Dichoso él! Sin embargo os ha engañado, no ha sabido apreciaros...

Las mejillas de la joven se tiñeron de vivo rubor.

Van Berg comprendió.

—¿Cómo? — dijo, —¿habrá ocurrido lo contrario?

Ella inclinó la cabeza.

—¿De modo que habeis sido vos, quien?...

La joven estiró las manos y los brazos, enguantados hasta el codo, alzó ligeramente los hombros y se mordió los labios, haciendo una mueca estremadamente espiritual.

Esto era una confesión.

—¿Cómo ocurrió eso?—preguntó el ingeniero en cuya alma hizo renacer algunas esperanzas aquella confesión muda.

—¡Dios mio! Caballero, debería ser más reservada y callarme; pero los enfermos sienten prurito por hablar de sus enfermedades y los que pleitean lo sienten por hablar de sus pleitos. Puesto que la casualidad nos ha reunido por un instante; puesto que por otra parte el matrimonio no tiene secretos para vos, consiento en referiros lo sucedido, sobre todo con la esperanza de ser útil á la señora... ¡cómo habeis dicho que os llamais?

—Van Berg.

—Perfectamente. Ya veis que soy mejor de lo que me dispensáis el honor de suponerme. Os he dicho que amo á mi marido. Mi marido es ingeniero...

—Otra analogía. Yo lo soy también, señora.

—Debí figurármelo... Tenéis tantos puntos de semejanza...

—¡Decididamente sois muy maliciosa!

—Mi marido es ingeniero y agregado á una gran compañía de ferrocarriles, y por lo tanto viaja mucho.

—¿Y vos permanecéis mucho tiempo sola?...

—Muy á menudo. No me faltaban entretenimientos. No hacia otra cosa que recibir visitas. Los amigos de mi marido se esforzaban en distraerme, y algunas veces deslizaban en la conversación alusiones transparentes á los motivos de sus ausencias.

—¡Oh! ¡Cuánto es preciso desconfiar de los amigos!

—Tenéis razón. Las ausencias de mi marido, segun sus compañeros y amigos, no eran siempre por necesidades del servicio. ¡Secreta desesperación! ¡Deseos de venganza, y por último, curiosidad! Os soy franca: la curiosidad, que perdió á Eva, perderá á muchas mujeres. ¡Me hicieron llegar adonde no pensaba! Para abreviar, os diré, que entre los que me asediaban y fatigaban con sus atenciones, distinguí al más tonto, al más feo y al menos elegante; pero era el más tenaz. ¡Un pavo con frac, amigo mio! Y no podría explicar por qué casualidad se presentó en mi casa un día lluvioso, en uno

de esos momentos en que, por desechar el fastidio que se apodera de uno, se echaría mano de las más extravagantes y ridículas distracciones.

—¿Y vuestro marido?

—¡Mi marido! Yo no esperaba á mi marido, pero llegó; ¡y llegó tan á destiempo! Disputaron, y esto ocasionó un encuentro, un duelo, y...

—Dió una lección al majadero afortunado de que hablais ¿verdad?

—Nada de eso.

—¿Fué al contrario?

—En efecto.

—¿Entonces, fué él quien?...

—Quien la recibió.

—¿Muy grave?

—No... una herida insignificante en un brazo... Estará bueno en quince días; pero su amor propio ha sido cruelmente herido, y...

—¿Y ha pedido el divorcio?...

—Os imita. ¡Reclama el divorcio, ese terrible divorcio! ¡Pero os aseguro que hace mal, que no entiende lo que le conviene! ¡Si lo entendiera y me perdonara, cuanto más le valdría! ¡De qué cuidados sería objeto! ¡Como probaría yo á

la sociedad, á sus amigos, al mundo entero que él, solo él, tiene todas mis preferencias y mi cariño! ¡Como me desviviría en curar esa herida de su orgullo, que lamentaré toda mi vida el haber producido! ¡Con qué atenciones tan delicadas trataría de hacerle olvidar mi falta, de expiar ese crimen de infidelidad, de que me acuso constantemente á mi misma, y de que me arrepiento, tanto más cuanto que estoy convencida, convencidísima, de que el amante es mil veces inferior al marido. Y aquí para entre nosotros, creo que la mayor parte de las mujeres que han hecho ese desleal ensayo, piensan lo mismo que yo.

—¿Y ahora?—preguntó van Berg, que veía con terror llegar el momento de la separación.

El tren pasaba en aquel momento por Saint-Denis.

—He hecho lo que todas: me he refugiado en casa de mi madre, en la *rue Royale*. Hoy regreso de Compiègne. Paseo mis remordimientos, que son muy pesados, lo confieso, á pesar de que pueda creerse que es una excusa. Si mi marido sigue mostrándose inexorable, cosa que me temo, será preciso que tome una determi-

nación sería. ¡No me he de enterrar viva en un sepulcro á los veinticuatro años!

—¡Magnífica edad!—suspiró el ingeniero.

—La mejor de la vida, amigo mío! Y si se acuerda ese horrible divorcio, será preciso que piense en mi porvenir. Mi madre tiene ya mucha edad. Yo no tengo hijos. ¡Vivir sola, medio siglo quizás, es una perspectiva cruel!

—¡Terrible, espantosa! Pero se me ocurre una idea.

—¡Ah! ¿Se os ocurren ideas?

—Sí, una.

—¡Sois muy dichoso en tener ideas. ¡Decidla, decidla en seguida!

—Ambos nos encontramos en igual caso.

—Exactamente.

—Vos os divorciáis.

—¿Bien y qué? ¡A la fuerza y contra toda mi voluntad!

—Yo me divorcio.

—Por vuestro gusto, amigo mío. Esa es una mala nota. Os prevengo que no me gustan las gentes de corazón implacable. Y el vuestro es una roca.

Van Berg se acercó más á la joven.

—¿Quién sabe—dijo con tono acariciador,—

si mi obstinación no será causa de una gran dicha?

—¿Cómo?

—¿Y si este encuentro no será en algún modo providencial?

—¡Explicaos!

—Tengo treinta años, cuarenta mil libras de renta y pertenezco—no temo ser contradictorio—á una de las familias más respetables de Bélgica. Permitidme que os visite. Vos sois encantadora y merecéis la más respetuosa simpatía. Vos me aconsejaréis, y, si perdemos, vos á vuestro marido y yo...

—Comprendo. ¡Pero eso que deseáis es muy peligroso!

El tren entraba en la estación con un ruido infernal.

Los empleados abrían las portezuelas.

Era preciso decidirse.

La morena viajera dijo rápidamente:

—Después de todo, lo extraño de las circunstancias de nuestro encuentro, nos autorizan para ello; escribidme á casa de mi madre. Os lo permito, con tanto más motivo cuanto que existe casi un lazo entre ambos.

—¿Qué decis?

—Nada. Yo me entiendo.

—¿Señora?

—Isabel Robert, 47, rue Royale.

Y añadió poniendo un dedo sobre los labios:

—Esto no es más que un simple jalón... para el porvenir.

Saltó del vagón, ligera como un pájaro, y se perdió entre la multitud.

Los dos ancianos, furiosos en el fondo por la intimidad de la joven y de su compañero de viaje, experimentaron interna satisfacción al verla marchar y perderse á lo lejos.

Van Berg, como enclavado en el suelo, les oyó que decían en dialecto flamenco:

—La paloma ha volado y el pichón queda poco satisfecho...

El ingeniero se encogió de hombros, sacó su cartera y anotó en una tarjeta:

«Isabel Robert, rue Royale, 47.»

Al salir de la estación, vió á la joven en un carruaje particular, desde el cual le favoreció con una sonrisa indiscreta.

Aquella sonrisa, borró la impresión de la frase irónica de los dos Flamencos.

—El pichón se reunirá á la paloma—pensó van Berg.

Y, radiante de alegría, se lanzó en París, como un vencedor en una ciudad conquistada por él.